

Líneas fundamentales de la educación para la paz

PEDRO CHICO GONZÁLEZ

Trazar un proyecto pedagógico exige previamente definir un concepto filosófico y sociológico. Según lo que entienda una persona o una comunidad por la paz variará el perfil de sugerencia que elaboren para educar en la paz y para la paz.

Hoy nos encontramos con diversas actitudes, en parte incompatibles, sobre la realidad de la paz. Es lógico que los ideales y las propuestas operativas de una pedagogía de la paz se presenten también como diversas y a veces enfrentadas (1).

— Una postura tradicional es la que entiende la paz como equivalente de la estabilidad, del orden, de la continuidad. Es propia de los que asocian la paz a las estructuras morales y sociales tradicionales y de quienes temen el cambio como proceso de perturbación y como esfuerzo costoso de adaptación. Paz equivale a tranquilidad, a seguridad, a serenidad. Corre el riesgo de identificarse con la comodidad.

(1) «Dos cosas diferentes son aquéllas de las que se hace la paz, conviene, a saber: sosiego y orden. Y hácese de ellas así, pues no habrá paz si alguna de ellas faltare. Porque primero la paz pide orden, o por mejor decir, no es ella otra cosa sino que cada cosa guarde y conserve su orden... y lo segundo es el sosiego... pues si hay bullicio dentro, ese movimiento destierra la paz, aunque se mantenga el orden... El orden sin el reposo no hace la paz, y al revés, el sosiego no hace la paz si no hay orden». Fray Luis de León, *Los nombres de Cristo*.

En el corazón de estos pacíficos acecha el riesgo del egocentrismo y de la subjetividad. Pueden vivir su paz, en medio de las tensiones y de las alteraciones ajenas. Y hasta valoran y aprecian la paz por el contraste que les brinda la imagen de quien carece de ella.

Educan y se educan en la paz fomentando la satisfacción de los bienes poseídos, morales o materiales, sin analizar con detenimiento las causas y las consecuencias de tal posesión. La paz, recibida o conquistada, es algo que se debe conservar. Y hay que aprender a conseguirlo siendo buenos los medios que la aseguran y malos los riesgos que la hacen peligrar.

— Y otra postura diferente es la que adoptan quienes superan el mero orden exterior y escarban en las raíces de la paz. La paz es fruto de una profunda actitud de justicia y es compatible con la tensión, con la dialéctica, con el cambio y hasta con la lucha. Es, por lo tanto, sinónimo de equilibrio, de exigencia de derechos, de orden interno más que externo.

No basta la tranquilidad para que reine la paz, pues no hay paz si hay sufrimientos o explotación. El progreso es el camino de la paz y exige esfuerzos, cambio perfectivo. La paz es conquista y no mera situación colectiva. Por eso la paz es variable y pluriforme, con fuertes dosis de subjetivismo y de oscilación. Viven en paz los que se transforman, los que crecen y los que luchan por un mundo cada vez mejor. Y carecen de paz los conformistas, los resignados y los apáticos.

La educación de esta actitud pacífica supone una visión dinámica de la vida, de las personas y de la comunidad. Puede variar con las circunstancias y nunca llega a conseguirse del todo, pues se parte del principio de que el corazón del hombre es naturalmente insatisfecho y debe ser alimentado incansablemente con el cambio, con el desarrollo y con el crecimiento de los seres vivos. Así entendida la educación de la paz es incompatible con la pasividad y con la parsimonia.

Entre ambos extremos surgen multitud de concepciones vitales sobre la paz. Son tantas que se puede afirmar que la paz es diferente en cada persona, en cada cultura, en cada sociedad e incluso en cada tiempo (2).

- Para unos la paz equivale a la ausencia de la guerra y de la violencia y se descubre cuando se han dejado atrás estos males.
- Para otros la paz es la satisfacción de la conquista de los propios anhelos, espirituales o materiales.

(2) «Quiero recordar una advertencia. La paz no puede estar basada sobre una falsa retórica de palabras, bien recibidas porque responden a las profundas y genuinas aspiraciones de los hombres, pero que pueden también servir y han servido a veces para esconder el vacío del verdadero espíritu de paz... No se puede hablar legítimamente de la paz donde no se reconocen o no se respetan los verdaderos fundamentos de la paz: la sinceridad, la justicia, el amor, la libertad...» Pablo VI. *Mensaje sobre la paz* (3 de noviembre de 1967).

- Existe quien descubre la paz como el bienestar social o material, con ciertas perspectivas de hedonismo vivencial.
- Y no faltan quienes asocian la paz a los descansos y paréntesis que encuentran en la lucha por la mejora personal o social.
- Se puede identificar la paz como algo externo y objetivo.
- Y es frecuente considerar que no hay más paz que la sentida como tal por la imaginación, la lógica o la afectividad de cada uno.
- Hay quien entiende la paz como carencia de apetencias y esperanzas.
- Otros, sin embargo, no descubren la paz sino en el crecer de los anhelos y en la conciencia de nuevas conquistas obtenidas.
- Tal vez la paz no existe de verdad sin criterios sólidos y estables de moral, de axiología o de lógica.
- Y es posible que la paz se encuentre realmente en la vida de las personas y de los grupos que saben descubrirla, defenderla y exigirla en medio de sus semejantes.
- La paz puede ser un simple proyecto.
- Se puede presentar como una utopía remota.
- Hasta se define con sentencias magistrales de difícil hermenéutica (3).

Para un educador la paz se presenta siempre con lenguajes polifacéticos y múltiples. Y cuando se plantea la misión de educar a sus discípulos para amar y buscar la paz corre el riesgo del desconcierto. Puede refugiarse en los tópicos fáciles y falaces que le ofrece la cultura circundante. Encuentra con facilidad lenguajes cómodos heredados del pasado. Pero cuando en los momentos de serena reflexión se detiene a investigar sobre la naturaleza de la paz que promociona, advierte con frecuencia que no resulta suficiente el pedir orden, salud, seguridad, ley, convivencia, tolerancia, serenidad, respeto o armonía para tener la certeza de que está educando en la verdadera identidad de la paz. No le es fácil perfilar esa identidad de la paz auténtica ni consultando los diccionarios especializados, ni refugiándose en los tratados de moral o de sociología. Con ellos sólo consigue conceptos fríos y abstractos que pueden valer en determinados momentos para la inteligencia pero pueden quedar lejanos en la vida concreta e inmediata de sus discípulos (4).

(3) Cfr. lo que entiende el Concilio Vaticano II por la paz en *Gaudium et Spes*. N. 78: «La paz no es la mera ausencia de la guerra, ni se reduce al solo equilibrio de las fuerzas contrarias... sino que con razón y propiedad se define como el fruto de la justicia...».

(4) ¿Qué significa la palabra paz para cada uno de los firmantes de la Carta de las Naciones Unidas, en donde todos se comprometen a unir sus fuerzas para mantener la paz? (art. 1. Firma inicial 26 de junio de 1945). ¿Qué significa la palabra paz para quienes han suscrito en el último siglo tantos acuerdos internacionales en donde se la ha propuesto como último objetivo: Declaración Universal de los Derechos del hombre: 10 de diciembre de 1948. Hasta en el Tratado del Atlántico Norte (4 de abril de 1949), que es el mayor pacto militar realizado en el mundo, se afirma que la fuente inspiradora del mismo es la promoción de la paz entre sus miembros y en el mundo entero (Preámbulo y art. 1.º).

Aquí está la principal dificultad para detectar las líneas fundamentales de una educación válida para la paz. La paz la postulan por igual los militaristas y los pacifistas, los niños y los ancianos, los políticos y los místicos, los intelectuales y los analfabetos, los refugiados y los dictadores, los historiadores y los artistas, los antiguos y los modernos. La paz es una bandera cuya defensa todos se atribuyen, pero cuyos colores cada uno interpreta a la luz de su aurora o de su crepúsculo, lo cual equivale a decir según sus deseos, sus intereses, sus necesidades y sus ambiciones (5).

Sin embargo, es importante hoy hablar de una buena pedagogía de la paz, ya que sigue siendo uno de los anhelos más profundos del corazón humano. Y hay que perfilar, al margen de definiciones lógicas o dialécticas, los criterios básicos o líneas fundamentales de una suficiente, que nunca será óptima, educación para la paz.

Solamente desde esta perspectiva poliédrica y modesta resulta posible aludir a las cinco consignas que se proyectan a continuación.

1. LA EDUCACION PARA LA PAZ DEBE APOYARSE EN LA CONCIENCIA DE LA PROPIA PAZ

Es muy fácil dar una información racionalista o sociologista sobre la paz; pero no lo es tanto personalizar la paz. Sin embargo, sólo a través de la propia paz se puede descubrir la paz de la colectividad, del mismo modo que no se puede apreciar realísticamente el sufrimiento si no se establecen relaciones con el propio dolor.

Es difícil conseguir la propia conciencia positiva de paz. Resulta más asequible la negativa. Es decir, la paz se aprecia más cuando se carece de ella que cuando se disfruta imperceptiblemente y sin esfuerzo de conquista. Cuando a los niños se les habla por parte de los adultos de la guerra se encogen de hombros. Entre los recuerdos vivaces de quien ha sufrido un bombardeo y quien sólo lo conoce por los films o los relatos hay una distancia infinita e infranqueable. La propia vida es plataforma e infraestructura en donde se deposita todo lo que proviene de fuera. Por eso es importante escarbar en ella para prender bien los conceptos y los sentimientos. De otra forma la educación para la paz resulta vacía, superficial, frágil e inconsciente. Se reduce a conceptos sin llegar a la categoría de valores personales. O se identifica con afectos fugaces sin conseguir frutos firmes y profundos.

(5) «De la boca de todos los hombres famosos e influyentes no cesan de caer expresiones afirmando que su mayor deseo es el reposo y la paz». Séneca, *De la Brevidad de la Vida*, 4.

El educador que pretende infundir la paz como valor grande en la vida de sus discípulos tiene que conocer la paz que hay en ellos. Tiene que bucear en su conciencia de paz.

Ordinariamente se encontrará con dos sorpresas, si sabe llegar hasta las últimas consecuencias de su búsqueda.

- La primera será la pluralidad de concepciones sobre la paz, predominando por lo general la visión especulativa y superficial de lo que es la paz. Son frecuentes los que identifican la paz con la ausencia de hechos violentos y carecen de capacidad para investigar las causas humanas que la perturban o que la promocionan. La tarea de animar una profundización progresiva del concepto y de la realidad de la paz será una de las más hermosas del educador, supuesto que él no participa de conceptos o de sentimientos mutilados sobre la paz.
- La segunda sorpresa será la habitual distorsión de la paz por obra y gracia de los espectáculos de consumo, como pueden ser la TV, el cine, la prensa sensacionalista, etc. Los hechos violentos que pululan con tanta profusión y tendenciosidad en esos lenguajes sociales contribuyen a una deformación de la conciencia de la paz desde los primeros años del despertar humanos. El educador se sentirá frecuentemente incapaz de compensar los efectos nocivos de tanta agresividad desatada incontinentemente en los ámbitos del comportamiento humano.

Si con valentía es capaz el educador de sobreponerse a estas sorpresas, se situará en disposición de despertar la verdadera conciencia de la paz. Hasta los más perturbados por la competitividad, por la evasión fácil o por los prejuicios morales, políticos, raciales y religiosos, poseen el natural anhelo de la paz que late en el fondo de la naturaleza humana. En ese latido es donde hay que apoyarse para mejorar incansablemente la propia conciencia de la paz.

Es importante hacer vivir y sentir la paz y no sólo aspirar a definirla, comprenderla, justificarla o raciocinarla. Por eso es decisivo que la persona conquiste la verdadera conciencia de la paz a partir de la propia experiencia de la misma (6).

Quien tenga una precoz «mala conciencia» de la paz difícilmente va a poder educarse para la paz. Por eso los niños nacidos en la violencia, en el rencor, en la venganza, en el resentimiento, en la amargura, es decir, los frutos de cualquier tipo de guerra tendrán grandes dificultades para descubrir un día los resplandores de la paz. Y se puede deformar la conciencia de dos formas, desgraciadamente muy frecuentes en

(6) «Lo que define al hombre es precisamente la capacidad de unir experiencia y conciencia. Lo que entra en su conciencia es lo que condiciona su conducta». Max Scheller, *El puesto del hombre en el cosmos*, II.

la actualidad. Una forma es la participación en la violencia real. La otra hace referencia a los efectos negativos de la violencia fingida. La primera violencia es la que se vive en el entorno familiar o social. Los hijos de la guerra quedan para siempre heridos en sus fibras más sensibles y sus recuerdos les persiguen ordinariamente a lo largo de toda su existencia, aun cuando logren posteriores experiencias de paz y de armonía. Es el drama perpetuo que acompaña a los perseguidos, a los refugiados, a los explotados, a los marginados, aun cuando una adecuada formación compensatoria posterior pueda amortiguar los efectos subconscientes de ese drama. Y también la violencia fingida, por ejemplo la que se absorbe en tantos films bélicos que se presencia durante la infancia y la adolescencia, perjudica fuertemente la conciencia de la paz. Quienes acumulan en su interior múltiples escenas de lucha y de competencias se vuelven inadvertidamente tributarios de la violencia.

Nunca se podrá conseguir la utopía de una paz perfecta, pues el hombre lleva en sus entrañas el riesgo de la guerra. Pero hay que aspirar a que durante la infancia el deseo de paz sea suficiente para que se considere como un valor real y alcanzable. Al menos hay que conseguir que la paz sea presentada siempre como un bien de las personas y de la humanidad entera, el cual es preciso promocionar sin fatiga y con cierto optimismo realista.

Además hay que tender en la formación de la persona a descubrir la paz como una riqueza propia e individual. Con frecuencia la paz se diluye en consideraciones comunitarias y generales. Hasta que no se consigue descubrir que la paz es valor de cada individuo y a cada uno corresponde protagonizar su conquista, no se ha logrado establecer los fundamentos sólidos de una educación para la paz. En este sentido los proyectos educativos de cualquier estilo o nivel tiene que facilitar a las personas la reflexión sobre el verdadero sentido de la paz personal como sendero adecuado para valorar la paz colectiva y social. Es un riesgo frecuente hablar de la paz como algo ajeno a la propia persona, como algo que corresponde a la sociedad o a los responsables del orden social. Esto conduce a conceptos sociológicos y neutros de la paz, pero no consigue vincular este valor como riqueza personal que hay que conquistar y conservar a toda costa.

Sólo cuando se asocia la paz con el yo se está en el buen camino de vincular «mi paz» con la paz de los demás.

2. LA EDUCACION DE LA PAZ SE APOYA EN LA PROMOCION DE CRITERIOS AUTENTICOS DE PAZ

La formación para la paz, como toda formación humana, se tiene que fundamentar en una adecuada configuración de la inteligencia. Sin ideas,

sin criterios, sin valores claros y objetivos sobre la paz no es posible educar para la paz (7).

Esta exigencia constituye una de las principales dificultades y al mismo tiempo desafíos en la empresa de educar al hombre. Sin embargo, hay dos formas de infundir las ideas en la persona humana. La elegida por quienes simplemente transmiten contenidos recibidos de la tradición, la cultura o la necesidad. Y la que suscita inquietudes interiores para que sea cada persona libre quien descubra la verdad que aumentará su misma libertad.

La primera fórmula encierra el riesgo de la comodidad. Se enseña lo que se ha aprendido. Y se corre el riesgo de «colonizar» a los discípulos comunicándoles ideologías pacifistas más o menos adulteradas según la esfera de intereses de donde procedan las ideas. Esa forma de educar es empobrecedora a la larga y frecuentemente produce los efectos contrarios a los deseados. Así se explica que surjan personas violentas que han estado años enteros bombardeadas por consignas de paz y de convivencia.

La verdadera preferible manera de educar es siempre la que respeta la libertad integral de la persona. En el tema de la paz, como en todos los demás grandes valores de la humanidad, se debe proponer itinerarios singulares que formamos nuestra propia escala de valores. Si la idea de la paz no nace del interior, no será posible integrarla en esa escala y, por lo tanto, su consistencia no será resistente.

Por eso resulta tan importante enseñar a pensar por propia cuenta sobre todo lo relacionado con la paz: sobre las armas, sobre las guerras, sobre los pueblos, sobre las necesidades radicales, sobre los riesgos, sobre las clases sociales, etc.

Aquí entra también la conveniente distinción entre la paz como valor humano universal y la paz como mensaje religioso o como regalo divino. A veces se espiritualiza excesivamente la paz, como en otros tiempos se espiritualizaba la salud, el alimento, la cultura o el clima. Ciertamente que, en una concepción providencialista de la vida, todo don perfecto viene de Dios, pero el hombre tiene que ser consciente de su libertad y de su protagonismo. Se pueden elevar súplicas al cielo para conseguir las buenas cosechas y el alejamiento de las pestes. Pero no se puede olvidar el trabajo inteligente y las normas sanitarias e higiénicas que sirven de cauce para la actuación concesiva de Dios. Y lo mismo podemos pensar de la paz. Se puede demandar con insistencia

(7) «La vocación de todo educador católico implica un trabajo de continua proyección social, ya que forma al hombre para su inserción social... que tienda a hacer de la convivencia entre los hombres una relación pacífica, fraterna y comunitaria». *El laico, testigo de la fe en la Escuela. Documento de la Congregación para la Educación Católica*. 15 de octubre de 1982, 19.

el don de la paz, pero es preciso enseñar a todos los hombres a merecerlo con su cultivo del orden, con la promoción de la justicia o con el ejercicio de las libertades políticas, sociales o económicas. Es muy importante educar a las personas para que desarrollen la conciencia de que la paz es un bien y no es posible sin esfuerzos personales y colectivos. Quienes piden a Dios la salud y, por ignorancia o indolencia, descuidan la higiene, no reciben de Dios lo que piden. Quienes consideran que la paz sólo es posible cuando las fuerzas misteriosas del destino o de la providencia lo determinan incurren en actitudes supersticiosas y fetichistas, por muy teñidas de espiritualidad o de cristianismo que se disfracen.

Al educador corresponde poseer una mentalidad clara sobre la naturaleza y el origen de la paz, como también es incumbencia suya purificar los mitos y las supercherías en el corazón de sus discípulos y promover una mentalidad sana y ofrecer un mensaje correcto (8).

3. FACILITAR EXPERIENCIAS DE PAZ ES IMPRESCINDIBLE PARA EDUCAR LA PAZ

Por muy sutil que pueda parecer el concepto de la paz no escapa una de las leyes más radicales de la educación humana. Es la ley de la experiencia personal. Se profundiza aquello que se experimenta, no sólo aquello sobre lo que se especula.

La educación de la paz exige en alguna forma el contar en la propia vida con experiencias, directas o indirectas, de paz. Y al educador o a la estructura educativa corresponde facilitar esas experiencias de paz. Cuando un educador acompaña a su discípulo al encuentro de alguien que sufre violencia y le enseña el camino para aportar el bálsamo de la serenidad en el corazón que sufre, está haciendo más por la paz y por la educación de la paz que cuando le ofrece un programa teórico y documentado de conceptos y reflexiones sobre la misma paz. No es que baste el mero activismo pacifista para educar en la paz. Simplemente se trata de recordar la insuficiencia de las consideraciones teóricas si no se fomentan experiencias adecuadas. Es algo equivalente a la formación artística, a la religiosa o a la filantrópica.

Por eso la institución educativa tiene que ser sensible y hasta atrevida en todo lo que se relaciona con la paz. Supuesto el ámbito de paz que se respira en su seno, el cual por otra parte no es posible con intransigencias morales o doctrinales, sólo será educadora de la paz en la me-

(8) Cfr. A. Turmeda, *Fundamentación de una pedagogía de la no violencia y la paz*. Marfil, Alcoy, 1974. También B. de la Rosa, *Educación cívica y comprensión internacional*. Barcelona, CEAC 1977, cap. I. II parte.

dida en que comprometa a los escolares en obras de paz. Los cauces elegidos pueden ser diversos. Se puede ir desde la promoción de la justicia en el entorno hasta la facilitación de experiencias de colaboración social en ambientes inmediatos o eventualmente en el tercer mundo. Pero lo importante es que se ponga la creatividad al servicio del ideal de la paz, con la convicción de que ese ideal no debe nunca relegarse al terreno de los anhelos remotos, sino que es importante reforzarle con conquistas concretas y visibles.

Las experiencias de paz deben acomodarse evidentemente a la edad y a la situación psicológica y sociológica de los protagonistas que las realizan. Pero es conveniente recordar como criterio educativo que quien ha carecido a lo largo de su formación humana de una base mínima de estas experiencias no puede considerarse suficientemente educado en sus actitudes y en sus criterios sobre la paz. El riesgo de las experiencias de paz consiste sólo en la parcialidad de las mismas. Son parciales las que se restringen a ciertos lugares, momentos, razas, creencias o clases. Entonces sirven para reforzar sentimientos fragmentarios de la persona. El educador necesita mucha amplitud de miras y de criterios para ayudar a quienes las hacen a purificar sus intenciones o sus perspectivas. Por eso estas experiencias tienen que hacerse con corazón y mente abiertas a la realidad del hombre entero y no sólo a ciertos intereses de grupo o de partido ideológico. No educan las que sólo se centran en intereses prefijados. Por eso hay que revestirlas de humanismo y de generosidad universalista. Es lo que no podrán nunca entender los racistas, los integristas, los fanáticos o los envenenados por patriotismos trasnochados.

Por otra parte, estas experiencias no pueden sujetarse a programas preconcebidos o excesivamente organizados. El educador abierto a la realidad de la vida de sus discípulos puede encontrar multitud de ocasiones en los que ellos mismos descubren la posibilidad de iniciarlas y continuarlas. Tampoco son válidas las experiencias espectaculares o excesivamente vistosas. Son más educativas aquellas que se hacen en la discreta intimidad de la sociedad cercana en la que se vive, como puede ser la ayuda a un compañero con espíritu turbado, o el servicio moral prestado a un grupo al que se pertenece y en el que predominan resentimientos o actitudes de violencia. Quien tiene en su mente el ideal de la paz no tarda en encontrar frecuentes ocasiones de realizar esfuerzos gratificantes por la verdadera paz de las personas y de los grupos. Con frecuencia no hay que salir de la propia familia, del propio centro escolar o del marco de los más cercanos amigos para enriquecerse con experiencias de paz eficaces y positivas (9).

(9) «En nuestra sociedad tan dividida y sacudida por tensiones y conflictos a causa del choque entre individualismos y egoísmos, los hijos tienen derecho a enriquecerse con el sentido de la verdadera justicia, y también con el sentido del verdadero amor, que es solicitud sincera y servicio desinteresado a los demás, sobre todo,

4. LA EDUCACION DE LA PAZ EXIGE ACTITUD DE HOLOCAUSTO

El espíritu de sacrificio y de renuncia tiene mucho que ver con la paz. Cuando la persona se educa en ambiente de comprensión y de tolerancia, con valores plurales y dinámicos, con actitudes de servicio y de altruismo, es más fácil descubrir el sentido profundo de la paz.

Por eso no es posible educar la paz en el corazón del hombre si no se construyen valores humanos sólidos en los cuales pueda cimentarse.

El riesgo de muchos estilos educativos que hoy predominan en las sociedades llamadas desarrolladas es alejar inadvertidamente de la verdadera paz. El niño que desde los primeros años se forma en ambientes hedonistas y consumistas no se halla normalmente dispuesto para la paz. Muchos de los jóvenes infectados de erotismo son terroristas en potencia. Su riesgo es la intransigencia por haber encontrado la vida fácil desde los primeros años. Los pragmatistas nunca podrán descubrir la dimensión humana de la justicia. Los egoístas tampoco podrán jamás ser pacíficos. Los místicos fácilmente evolucionan hacia el fanatismo. Si la sociedad moderna se halla teñida de grandes dosis de violencia y agresividad se debe sobre todo a la carencia estructural de valores humanos como el respeto a la vida, al honor, a la intimidad, a la dignidad, a la libertad o a la solidaridad (10).

Los educadores deben estar convencidos de que su mayor contribución a la paz está en la promoción de los valores humanos en el corazón de aquellos a quienes educan. Y los valores humanos, como todos los valores, no se conquistan sin esfuerzo. No se puede pedir a toda persona normal que tenga vocación de héroe o madera de santo. Pero sí se debe aspirar a que cierta dosis de austeridad, incluso nadando en riquezas materiales; cierta actitud de disciplina, incluso exaltando la libertad; ciertos hábitos de altruismo, incluso en medio de los estímulos competitivos, constituyen dos ejes de una educación humana predispuesta para amar y promocionar la paz. Este criterio exige valorar el espíritu de sacrificio. Corresponde éste en primer lugar al entorno familiar, que es el primer agente educador de la persona. Pero tiene que ser cultivado también en el resto de los ámbitos o espacios educativos: el académico, el religioso, el lúdico, el social. La virtud de la fortaleza y sus principales resonancias como son la sobriedad, el autocontrol, el orden, la generosidad, etc., son la clave del éxito en la educación para la paz (11).

a los más pobres y desheredados. Por eso la familia es la primera escuela de socialidad... y ella es la que facilita los medios mejores para crecer y desarrollarse en todos los sentidos»; Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, n.º 36.

(10) Cfr. A. Maillo, *La educación en la sociedad de nuestro tiempo*, Madrid. Escuela Española, 1967, caps. II y IV.

(11) Cfr. La Escuela Católica. *Documento de la Congregación Romana para la Educación Católica*, Roma, 1977, núms. 69 y ss.

La pedagogía de la no violencia es incompatible con cualquier especie de pedagogía consumista. No siempre será fácil deslindar los dinteles existentes entre progreso y confort, entre oportunidades y proyectos, entre agresividad y espíritu de conquista. Y tampoco será fácil establecer sistemas coherentes de discernimiento entre valores humanos auténticos y ficticios. Pero esta labor es importante para cualquier estilo educativo amante de la paz y del bien humano auténtico. Contar con el suficiente sentido común para discernir entre lo que conduce a la paz y lo que aleja de ella es un beneficio educativo que de una u otra manera hay que conseguir. Y el camino para ello puede atravesar para muchos educadores por la valentía de renunciar a sus propias ópticas políticas, morales e incluso religiosas, lo cual sólo es posible cuando se tiene verdadero amor a la paz y se eluden con rigor los tópicos y los mitos que tantas veces son la mortaja vistosa del verdadero espíritu de paz.

5. LA EDUCACION DE LA PAZ NO TERMINA NUNCA

Es también bueno recordar que la formación del corazón y de la mente para la verdadera paz, es algo perpetuamente inacabado. El educador debe comprender que la paz, como la verdad, la belleza, la bondad, nunca se consigue del todo. Es condición humana el estar eternamente caminando hacia lo que se presenta como ideal (12).

Sólo la ingenuidad puede llevar a la trampa de considerar conquistado un objetivo por el mero hecho de haber elaborado con sagacidad y realizado con perseverancia un programa determinado en favor del valor de la paz. La realidad de cada jornada educativa nos dice que cada conquista es sólo la posibilidad de acercarse a nuevos desafíos. Por eso los místicos de la paz tienen entre sus rasgos característicos el de no desanimarse nunca por los retrocesos o por los obstáculos (13).

(12) «Puesto que el fin último de la sociedad consiste en la paz y en la seguridad de todos, el bienestar del pueblo tiene que ser la suprema ley de la república... Todos tienen que esforzarse en suprimir todo lo que molesta a la sociedad. Y lo más funesto de todo es la guerra, pues en la guerra no hay salvación. A cualquier precio hay que destruir las armas, como lo ha ordenado Dios. Y hay que deshacer también los conciliábulos sanguinarios... ¿Y qué haremos con las escopetas y los cañones? Las escopetas, conservarse para luchar contra los animales peligrosos. Y los cañones fundirlos y transformarlos en campanas que convoquen al pueblo y en instrumentos de música con los cuales alabar a Dios». J. A. Comenio, *De rerum humanarum*, parrf. 24.

(13) «Te doy gracias, oh Dios, porque hoy descubro cosas nuevas gracias a todo lo que ya sé y porque mi espíritu nunca se cansa de ir adelante». Maimonides. (del S. XII); *Oración médica*.

Hay dos formas de realizar esa educación continua de la paz. Una es la que cristaliza en programas concretos y directos con «actos educativos», explícitos y programados. Otra es la imperceptible actitud de quien promociona el amor a la paz en la humilde labor de cada día, aprovechando cualquier explicación de historia, de ética, de literatura o de arte para ensalzar el deseo ardiente que los hombres y los pueblos han sentido siempre por la paz. No es fácil dar la primacía a ninguna de las dos; pero sí es conveniente explicitar el valor complementario de ambas, de forma que la insuficiencia de una de ellas conduce a una mutilación que ningún educador consciente puede permitirse protagonizar. Lo que realmente no es admisible es la simple educación negativa. Hoy no basta prescindir de ensalzar a ultranza la guerra, la audacia, el honor, la violencia, las conquistas, las campañas, la independencia o las falaces grandezas de otro tiempo para educar la paz. Hay que buscar formas más positivas y constructivas para acompañar a las personas a diferenciar los héroes de los bandidos, los caudillos de los rebeldes, los conquistadores de los colonizadores, a pesar de las infranqueables dificultades que nos presentan los tradicionales criterios de la historia clásica o las perspectivas sociológicas de muchas actitudes religiosas o filosóficas.

No se educa la paz con fáciles diatribas contra las armas o contra las fronteras actuales de los Estados; ni se forman espíritus pacíficos con la intencionada rebaja de mitos o de ideologías como los extremismos patrióticos o las gestas pretéritas. Sólo los educadores que saben situarse con serenidad y realismo ante la historia y ante la sociedad pueden encontrar en el derecho, en el valor del hombre, en la justicia, en la libertad, en el amor al prójimo o en las estructuras de la naturaleza los fundamentos para construir juicios y encauzar sentimientos. Y esta labor no es susceptible de encerrarse en una programación delimitada, sino que se diluye en la labor cotidiana de la tarea docente y cultural.

Al margen de actitudes subjetivas, tan numerosas como las mismas personas que las encarnan, lo que hoy es imprescindible es situarse con perspectivas de futuro y superar las herencias del pasado. No hay buena educación de la paz si no existe esperanza en el mañana y deseo de construir un futuro mejor. Por eso la educación en la paz no es válida si no es prospectiva. Y por eso es inseparable de otras dimensiones que condicionarán el porvenir de las personas y de los pueblos. A modo de recuerdo sugestivo podemos pensar que la paz es inseparable de la economía, de la sanidad, de la ecología, del ecumenismo, del pluralismo ideológico, de la política, de la tecnología, de la estética y de la filantropía. La paz no es valor convergente sobre sí mismo, sino proyectado hacia la realidad total del hombre individual y corporativamente considerado. En este sentido la paz no es valor autónomo o autosuficiente para justificar ningún proyecto pedagógico, sino el producto de parámetros diversos que confluyen en la dignidad del hombre. Por eso la paz es una abstracción y no existe en la realidad. Lo que existen

ena tantos puntos de tensión como en la actualidad
rsonas como hoy víctimas de los asaltos y de los
as. Pero no existía la información inmediata y con
anea a los acontecimientos. Eran menos los lectores
y desde luego muchos menos los consumidores del
a imagen. En la actualidad todos nos ponemos nervio-
amos el desenlace de un secuestro o cuando escucha-
de un bombardeo acaecido hace horas en algún remoto
eta. Esa necesidad de información incrementa la vivien-
siones y de los actos de violencia y suscita la inseguridad
ujo subconsciente, la valoración y la necesidad de paz.

erte, los hombres modernos son más sensibles a la paz por
ente educativo general, promocionado por los movimientos
nales, por los organismos públicos y particulares y tal vez
perencia larvada de conflictos militares más o menos recién-
relatos quedan depositados en la memoria infantil y acompa-
a la vida. Si a ello añadimos la reflexión que sugieren las mo-
armas masivamente almacenadas en tantos países, se suscita cierta
gía de la violencia y la búsqueda afanosa del antídoto de la gue-
de asegure la posesión de la paz (16).

una u otra razón el mundo es particularmente sensible a la paz.
por eso se necesitan programas racionales e inteligentes sobre la paz.

que no resulta tan fácil es perfilar los criterios básicos en que de-
n apoyarse esos programas. Son múltiples los intentos de conseguir
orto mapa de criterios pacifistas. Unos proceden de organismos defi-
dos como promotores de la paz, de las iglesias o grupos con creen-
as superiores, de movimientos neutros de pensadores o de activistas
ue se sitúan más allá de las estructuras o de las ideologías. Y otros
acen en la mente creativa de pensadores concretos o de nuevos profe-
as que hacen lo posible por sembrar inquietudes en torno a la paz.
Casi hemos de afirmar que lo más importante no es definir criterios,
sino hallar cauces para su aplicación.

Y en esta realidad es donde deben moverse los educadores. No es una
osadía afirmar que hoy no se puede ser educador bueno sin poseer
un auténtico entusiasmo por la paz.

Y ese entusiasmo supone muchas cosas. Entre otras, supone poseer
lo siguiente:

(16) «Se precisa veinte años para llevar al hombre del estado de planta en el que
se encuentra en el seno materno y del estado animal propio de la primera infancia,
al estado de hombre en el que empieza a manifestarse la razón. Han sido precisos
treinta siglos para conocer un poco de su estructura interior. Sería precisa la eter-
nidad para conocer algo de su alma. Sin embargo, basta sólo un instante para ma-
Voltaire, *Diccionario Filosófico de 1766*. (Art. Hombre).

- *La lógica de la paz.* Significa entenderla y razonarla, para poder contar con argumentos objetivos sobre ella.
- *La crítica de la paz.* Equivale a juzgarla y distinguirla con realismo y también comunicarla con discernimiento.
- *La ética de la paz.* Exige sinceridad y adhesión personal para superar las ambigüedades y las ficciones.
- *La dinámica de la paz.* Y la dináminca no es otra cosa que promoverla y suscitarla en el entorno educativo en el que cada uno se desenvuelve.
- *La práctica de la paz.* Y ello es lo mismo que vivirla uno mismo y crear las condiciones para que también los demás la descubran y la saboreen.
- *La mística de la paz.* Supone el poner este valor como ideal de la vida, de la acción y de la ilusión global de la propia personalidad.
- Y, sobre todo, *la pedagogía de la paz*, la cual no se restringe a programas definidos, pero que no es posible sin una psicología, una didáctica y hasta una tecnología de la paz.

Muchos educadores sensibilizados con las cuestiones de la paz se interrogan constantemente sobre los modos prácticos de elaborar esa pedagogía de la paz para ser eficaces en sus pretensiones formadoras. Hay que recordarles que no existen procedimientos de validez universal y automática. Tienen que aprender a situarse en el contexto psicológico y social en el que se desenvuelven y elaborar con espíritu creativo su propio plan. La edad de sus educandos y su madurez mental y moral al mismo tiempo que el contexto sociopolítico y económico en el que discurre su vida habrán de ser referencias obligadas a las conveniencias de cada momento y de cada situación.

Lo importante no debe ser nunca los contenidos nocionales, sino el espíritu que anima a las personas lo que puede orientar las actividades y los planteamientos concretos. La paz interior, que es siempre el motor de la paz exterior, habrá de ser la fuerza motriz de una buena educación para la paz. Y el primero que debe ser protagonista de la paz interior es el propio educador que trabaja por ella (17). Esa paz se ex-

(17) «Uno de mis pupilos era salvaje, indócil, enredador. En una ocasión se dejó llevar por un estallido de violencia. Yo estaba exasperado. Nunca castigaba a mis muchachos; pero esta vez estaba muy enfadado. Traté de razonar con él, pero era duro como una piedra, e incluso trató de engañarme. Entonces agarré una regla que tenía a mano le di un golpe en el brazo. Yo temblaba al pegarle y el lo notó. Era para todos ellos una experiencia enteramente nueva. El muchacho gritó y pidió perdón. Si hubiera querido, podría haberme pagado con la misma moneda, pues era un joven robusto de diecisiete años. Pero se dio cuenta de mi dolor al verme arrastrado a ese recurso violento. Nunca más después de este incidente me desobedeció. Pero yo me arrepentí toda mi vida de aquella violencia ¿Cómo le iba

presa en primer lugar por la serenidad, por la tranquilidad y por la armonía en la propia vida. Y también por visiones optimistas y positivas de la vida circundante. Hay que evitar las tensiones, los alarmismos, las desconfianzas, los descontentos y los temores. Por difícil que resulte un contexto educativo siempre hay que contar con recursos para descubrir el lado bueno de las personas y de las situaciones. En la formación de la paz, como en tantos otros proyectos pedagógicos, lo efectivo es contar con los recursos disponibles superando los lamentos estériles y los deseos inalcanzables.

También es conveniente recordar que el sentimiento de la paz es una fruta de maduración lenta y misteriosa, cuyas manifestaciones visibles no siempre coinciden con las realidades imperceptibles. Por eso no hay que valorar cuantitativamente las conquistas de cada día.

Cuando el educador de la paz descubre este postulado gratuito es capaz de esperar contra toda esperanza, pues llega a entender que la paz es fruto de una siembra paciente y el premio de una siembra interminable, que con frecuencia trasciende los mismos lugares y tiempos en los que se realiza. Como dice también el Concilio Vaticano II: «En la medida en que el hombre por la caridad supera el pecado, supera también la violencia, hasta cumplir aquella palabra de Isaías: “De las espadas forja arados y las lanzas las convierte en hoces”» (18).

yo a hablar a él de la no violencia? Temo que aquél día le dejé ver, no el espíritu, sino el animal que hay en mí». Mathama Gandhi; Citado en *El derecho de Ser Hombre*. Unesco, Sigueme; 1973, pág. 402.

(18) Vaticano II, *Gaudium et Spes*. núm. 78.